Orlando Araujo

CARTAS A SEBASTIAN PARA QUE NO ME OLVIDE

Ediciones de la Presidencia de la República
Caracas, 1993

Primera edición: Marzo 1988
Segunda edición: Octubre 1993

Ilustraciones: Juan Carlos Araujo
Impresión: Italgráfica, S. A.
ISBN 980-03-0143-7

Un libro no es un libro
si todo el mundo no lo entiende

Juan Araujo
(12 años)

Un libro es un pájaro que canta
fuera de la jaula, sobre un río,
en la montaña o en el desvelo
de tus madrugadas.

Un libro, JUANCHO y SEBAS,
es precisamente lo que voy a escribir,
que ya viví.

Carta a mis dos hijos

Ríos de Sabana Grande, ríos del amanecer y ríos del mediodía. Por allí, con mi propia maleta de noticias, de hechos, de mariposas, me encontraba con Orlando Araujo. Era como decir que yo era cierto pájaro de su *Compañero de viaje,* y a lo largo de Venezuela, de diferentes aires, montañas y verduras; tuvimos la suerte de encontrar el pájaro que se transforma en piedra del camino, las naranjas que se cambian en lunas de la casa de Barinitas, y también, bajando de mi apamate, un ruido de palabras. Siempre fue así: "Trina es un canto de un pájaro de fuego". Sebastián Araujo, como su bisabuelo. Juancho es el perfil del aire. Las muchachas huelen a bosques. Por eso vi como se escribió este libro. La angustia diaria, la pasión de río de montaña, la letra clara, perfecta.

En los últimos cinco años, en los cuales yo fui el Lazarrillo de Tormes, amoroso de Araujo, este texto de filiación paternal crecía y decrecía como un poema de Lacreonte, donde podríamos leer que el apamate es una copa de vino.

Carta a mis dos hijos, o *Carta a mi padre* de Kafka, es parte de un mismo poema del siglo XX. Es una carta de un castillo con ventanas abiertas de amores y un río al pie de la corte y un río al pie del amor. Orlando Araujo siempre será, entre nosotros, el que con mayor alegría confunda, como Vicente Gerbasi en una tarde de cometas, una luz de conejos y un cielo de Leopardo.

Cartas a Sebastián son para Sebastián y deben ser para Juancho. O deben ser para Juancho que le baja la guirnalda a la nube para Sebastián.

Un hombre de música y un hombre de colores. Un niño que tiene el color del bisabuelo y el otro, que es nuestro, como son los dos.

Y estos Sebastianes y Juanchos tendrán hijos de tiempos y de flores y de alta montaña y aire presentido. Estos hijos son también de Barlovento, de allí mismo de la mar. De la barca de colores de Río Chico. Urbinan por allí, como el Cristofué de la Mina, el gonzalico

y el siempre y casi divino de huellas colibrí, de cola larga, y ojos verde oliva. Así estos colores, estas ramas, estos árboles, organizan ese epigrama de todo tiempo pasado fue mejor.

Carta a Orlando Araujo para que no nos olvide. Carta con pájaros, con lluvia, con retrato de un artista que parece un cuento: volveremos siempre a lo mismo.

Sebastián Araujo, Juancho Araujo, las muchachas y el cielo.

Nota: No me olvides es una flor que el caballo lleva en la frente.

CAUPOLICAN OVALLES

CASA DEL ESCRITOR. "VICENTE GERBASI"

Caracas, 15 de septiembre, 6 de octubre de 1993

Dedico este libro a Juancho

(Primerísima Carta)

Juan Carlos:

Eres un hombre de música, de líneas y silencios. Eres fuerte y amas, eso basta. Eres y quiero que sigas siendo, un niño. Cantor de la vida. Si el odio de los demás te alcanza, no dejes que el tuyo mate. El amor es un estado de ánimo de los mares, los cielos, los ríos, las montañas. Uno participa en él, se baña en él y se sacude y se revuelca lleno de sueños antes de dormirse en él.

Todo lo demás es la rutina, como decir, lo que uno hace todos los días repitiéndolo, y aun así, la rutina puede ser bella si el amor la acompaña.

En mi pueblo había una viejita llamada Rutina. Tenía un lunar que le colgaba del pelo. Dientes no tenía, sino un perrito ciego que la acompañaba. Ella también era ciega y cultivaba caimitos, mandarinas y guayabas.

Este libro te acompañará mientras vivas. Después nos encontraremos para comentarlo. Mientras tanto ve con Sebas por el mundo. Descúbranlo y ámenlo y súfranlo muy por dentro de usteditos mismos, bañándose en el río de la vida.



Comienzo por el cuento de tu nombre

Había una vez un jinete débil pero tan fuerte que nunca hubo un caballo sin el amor de la manera como él lo conducía por vegas y valles y caminos.

Tu abuelo era tan fuerte que desde tan pequeño como tú, hizo un hato de ríos, hizo con él un atajo de lagunas y no quiso hacer el mar porque hasta su muerte vivió enamorado de las aguas dulces.

Tu abuelo tenía siete flechas clavadas en el corazón.

Y se llamaba Sebastián Araujo, como tu bisabuelo.

Llamarse así y ser tranquilo y fuerte nos hizo, de pronto, olvidar el nombre de tu bisabuela. Se llamaba Galatea, como el agua de los manantiales que revientan en el Páramo de Los Primates, como el vino, como la flor del árbol de la vida: Galatea. Galatea es un combate de alas entre un pájaro azul y una palmera.

Agarra, Sebastián, un caminito, y cuando vayas entre caminando y bailando, junto al río, acuérdate de mí diciendo, Galatea, Galatea, Galatea.

Trina

Trina es el canto de un pájaro de fuego

Esta carta es el retrato de tu madre, una mujer del color de los ríos de Barlovento, tiene ojos de pájaro cantando en las mañanas entre manglares donde las tardes son todas las garzas que en el mundo has visto: garzas rojas como el amor y el llanto, garzas grises como la madrugada, y una danza de flamencos bailando en el tambor de una laguna.

Trina tiene los ojos de todo lo que brilla en la palmera, en el amor y en el cacao.

Tiene nariz de cuchillito que va cortando el aire. Tiene alas en la voz, cabellera de carne mechada por la luna, piel de mazorca de maíz antiguo y cuerpo hecho de cobre y viento.

Tu madre es una hormiga de cinturita de guayaba.

Trabaja y huele a bosque
Cocina y huele a bosque
Siembra y huele a bosque
Tu madre es la selva que te dio la vida.

¿Qué es el mar?

El mar es la brisa en las venas de la tierra. El mar soy yo cuando maltratan a un amigo. El mar es una porción de agua salada que cada mil años no permite tierra, y la tierra es la cama del mar. Tan sólo Dios se acuesta.

Del mar vienen palabras que están en diccionarios pero que yo invento. De **mar** viene **marino,** y entre ellos, uno que tú conoces mucho, el tal Popeye.

Popeye es un tipo que no quiere a Rosario y que se olvida del amor de un niño para pegarle a Brutus.

Espinaca y coñazo, eso es Popeye.

Popeye el marino nada tiene que ver con los mares que tú habitas, de jade y uñas blancas garrapateando arenas para jugar contigo.

El mar son las olas que llevamos por dentro.

¿Y qué es una palmera?

Una palmera es el sol en un patio y más allá. Una palmera corta el aire y desmenuza la luz. Una palmera es como la libertad: nadie está mucho tiempo junto a ella, no porque la palmera se mude, sino porque soñamos con ella.

Techos de palmeras cubrieron las casas de tus abuelos. Yo soy hijo de las palmas secas.

Cuando la palma se seca se pone del color del hueso de los pájaros y allí va la luna y también las serenatas.

Claro que estoy hablando de otras palmas, las que titilan lejos del mar de mano verde y enlazan el oro y la esmeralda.

Una palmera, Sebastián, es una mujer desconocida que llega y se queda para no irse nunca, abanico del mundo y viento de los mares.

¿Qué es una guayaba ?

Una fruta. Una guayaba es una guayaba. Yo sé algo de guayabos, pero de guayabas mucho: fruta de oro pálido brillante cuando están maduras y de un verde cálido de luz cuando crecen hacia el amor de los azulejos.

Muerdes una guayaba y se te viene el mundo encima: todo lo que fuiste cuando las comías, todo lo que eres cuando no las comes. La guayaba es una infancia de pájaro y ríos.

Y ahora viene el cuento:

Don Antonio Moreno era un hombre de mirada recia y de sonrisa de cedros. Tenía una hacienda de café y una vega palpitada por un río. La quebrada de El Molino, piedras blancas, espumas de neblina arriba, arenas de todos los colores y una transparencia de cristal de colibríes.

Tenía cuatro hijas: Angélica, Antonieta, Elba, Hilda, como decir tucusitos. Y tenía tres hijos: Roberto, Telmo, Rafael, como decir muy hombres.

Angélica era un escándalo de mariposas cubriendo la mañana de las aguas. Antonieta era una fiesta de lunares. Elba era dos ojos para nadar en ellos. Hilda era redondita como una píldora de amor.

Don Antonio tenía en la vega una casa de corredores de piedra. No era rico de dinero sino de guayabas. Cien árboles de guayaba detrás de aquella casa junto al río aromaban entre los azulejos, los turpiales, las arditas y el cielo.

Guayaba madura con pecas de sol, guayaba pintona con encías pálidas, guayaba dura y verde como un proyectil.

No volví a la vega. Don Antonio murió. Yo me fui lejos del árbol de teticas de oro.



¿Qué es un apamate?

El apamate es una copa de vino.

Hay un apamate blanco hecho de espuma de nube, tan raro como el amor verdadero. El apamate blanco son palomas.

Este apamate que está aquí delante de nosotros y que tiene doce años floreciendo contigo es del color de las orquídeas y como si fueran muchas mariposas descansando de un viaje que no sabemos dónde comenzó ni adónde va. Algunas se duermen y se caen como si la copa del vino se derramara movida por el viento.

El apamate es así y piensa y siente, y hasta por algo vive.

No lo toques, sencillamente vive con él, crece con él y ama con él.

Porque hablo mucho de amores preguntas qué es el amor

Una escalera de aguas blancas con anteojos azules. Esa guacharaca que canta en la mañana más allá del río. El salto de un niño sobre el pozo que la lluvia le dejó en la calle con el sol adentro. El amor eres tú y soy yo cuando conversamos en silencio.

El amor es la tetagira, una perita de oro, flor silvestre y venenosa que nace y crece y guinda junto a los manantiales debajo de un árbol de trompillo. Cuando seas viejo y muerdas un mango, el amor es tu infancia.

El amor es una viejita pobre, calva y solitaria llamada Victoria, tú la has visto registrando los basureros allá cerca del río, para dar de comer a los perros flacos y realengos que recoge en su rancho.

El amor es un amigo que se muere o que se va o que pelea con uno. El amor son las ovejitas de plata del yagrumo cuando la niebla pasea por los Andes, la lluvia cuando la penetra el sol, el sol de mandarinas en la tarde y un caballo blanco en la mañana.

El amor es a veces una cuna, a veces una cama y a veces una tumba.

El amor es poder abrir los ojos y sentir por dentro.

El amor es una mujer, una amiga, una compañera que te dé su vida sin pedir la tuya. El amor eres tú cuando haces lo mismo.

El amor es Dios si de verdad Dios es uno y, siendo uno anda en todo lugar y en todo tiempo.

El amor, Sebastián, me matará sin que yo sepa, me guardará en sus brazos y me recordará para resucitarme.

Cuando lances una piedra procura no pegarle a nadie. Y si la lanzas de verdad y pegas, es porque a veces el amor se oculta, como el sol.

Duerme, entonces, para que amanezca.

Un amigo

Un amigo es el refugio de los miedos que sentimos noche y día, alguien que te mira sonriendo cuando tú lo hieres.

Un amigo te levanta cuando caes y no espera saber que te has caído. Es como si de pronto estás muy solo y alguien te llama para decirte que lo esperes.

Un amigo es el guante de tu corazón cuando hace frío, el bolsillo donde guardas las cosas que no muestras, el abrigo contra la lluvia del odio, un pararrayos aun cuando no haya tempestad, y una tempestad si en la calma te atormentan.

Un amigo es el espejo donde tú eres él, no apagues esa luz y no le falles en cualquier oscuridad.

Una diminutiva carta

Un juez es un señor que se sienta y mira a los demás y dice sin sonreír, quién es bueno y quién es malo.

Un juez es más que Dios porque Dios lo conoce a uno de a por dentrico y el juez de a por fuerita.

Jueces serios, ceñudos, tal vez placables si uno se ablanda, inclina y venia, los hay no sólo para delitos comunes y crímenes y faltas a las leyes, sino también para delincuentes literarios, quiero decir para gente que no acata, no sigue, viola o se burla de verdades, normas, reglamentos viejos o nuevos. Allí son implacables.

Así, por ejemplo, en cartas como las que te escribo, usar palabras en diminutivo, cositas, pasa por aniñamiento, cursilería, recurso fácil para engañar a los niños o para tratarlos como mariquitos. No digo como carajitos, porque carajitos son todos los niños del mundo.

Pero vamos a reírnos un poco de los grandototes, de los juecesotes, de los escritorsotes.

Sucede que mientras escribo esta diminutiva carta, en El Salvador, país que de algún modo te pertenece, hay una guerra terrible entre dos maneras de entender, de comprender y de organizar y de dirigir el mundo.

De uno y otro lado mueren miles de hombres, mujeres, niños, animales, árboles y ríos.

¿Sabes cómo le dicen los guerrilleros campesinos a los frijoles que comen? les dicen frijolitos y cuando una pelea de las que tienen es insignificante (este es el lenguaje de los jueces), dicen: "pues a la vueltecita no hubo nada, por diosito santo fue chiquistiyica"

En México, cuando quieren decir algo que es muy grande se lo dicen en pequeño.

"Se llevó chico porrazo, chico susto".

Y si es un animal muy grande (como algunos que tú y yo conocemos) le dicen: "chico animal".

Esto lo sé por un amigo mío de El Salvador. Se llama Pedro y escribió un libro sobre estas cosas.

Pero en tu propia tierra, la diferencia entre casa y casita no es la que hay entre una casa grande y una pequeña, sino entre algo frío y algo muy querido, como decir la misma que hay entre la casa blanca y la casita blanca, una distancia tan grande como la que hay entre una ciudad grandota como Washington y un pueblito chiquirriñingo como San Diego de los Altos.

En fin Sebastián, Sebas, Sebitas ¿No te parece mejor Juancho que Juan?

Sé que te gusta más el Principito que el Príncipe Valiente, la Cucarachita Martínez mucho más que el ratón Pérez, y el Torito Colorado mucho más que un buey literario.

Alguien dijo que las cosas hermosas son pequeñas y un padrecito parranderazo dijo que las mujeres chiquitas eran mejor que las grandotas, la tierra es muy grande si la miramos desde los altos de un monte o desde las orillas del mar, pero es como un azulejo si la miramos desde el sol y chiquilingüinga desde las galaxias.

Todo lo grande es pequeño y todo lo pequeño es grande alrededor del hombre y el único tamaño del hombre es aquellito que lleva por dentro, delante de los ojos de su corazón.

Te voy a contar un cuento

Erase que se era un hombre llamado Rosita, pero muy hombre, a quien le decían Barbas de Oro por el color de las barbas. Era un jugador. Viajaba caminando por todos los caminos con un par de dados en una pequeña bolsa debajo del brazo, tres juegos de naipes y un cochinito amarrado a una cuerda y chillando por todos los caminos.

Rosita jugaba con quien fuera, como fuera y donde fuera.

Se ponía muy serio si ganaba, pero se reía mucho si perdía.

Ya la gente en los caminos le sacaba el cuerpo: si lo veían venir o escuchaban el cochinito, se escondían para no jugar.

Así Rosita se fue quedando solo con su cochinito. Lo malo es que el cochinito no sabía jugar sino chillar.

Sucedió que una noche de luna de acero, Rosita venía cansado, y como no tenía donde dormir, se metió en el cementerio, amarró el cochinito en una cruz y se puso a jugar con un muerto.

El muerto ganó y se llevó al cochinito que sigue chillando todavía.

Retrato de un artista

Había una vez, en un pueblo lejano, un hombre que tenía un río y una casa, pintaba santos, tocaba el viejo armonio de la iglesia y tenía unos bigotes de color de luna, que le tocaban las cejas de color de noche.

Se llamaba Don Germán Jerez y aparte del río y de la casa tenía un clarinete, un violín, un burro y una mujer.

La mujer se llamaba Doña Angustias, el burro no tenía nombre pero tenía una enjalma, algo así como una montura o silla de lona sobre la cual, junto al clarinete y al violín, amarró la urna de Doña Angustias cuando la llevó solito al cementerio.

Después Don Germán se puso a tocar un acordeón que nadie en el pueblo conocía. Lo tocó una noche en que la luna daba luz de hojas de yagrumos.

Toda la gente del pueblo fue despertando con aquella música que no había escuchado nunca. Prendieron velas, abrieron las ventanas, llamaron al cura, repicaron las campanas, celebraron un Te Deum, algo así como una acción de gracias a Dios por una música celestial que todos escuchaban sin saber de dónde venía.

Don Germán debajo del puente, tocaba el acordeón, bebía un vino de palmeras y se secaba el sudor de sus ojos.

La libertad

El azulejo es un pájaro de mañanita que tiene el corazón azul. No tiene jaulas, sino el viento y las ramas.

Había una vez un azulejo preso y se murió sin brisa.

Había una vez otro y otro y otros azulejos. Por eso las montañas son azules cuando las ves de lejos, en las mañanas de tus viajes.

- "Déjame ver adónde vamos" - dijo el azulejo, y voló por todo el mundo. El mundo es una palmera de azulejos que aletean y pintan de azul los cielos de la vida.

La tierra es un azulejo desde la luna y la luna es un canario desde la tierra.

Azulejo es un azul de lejos. Libertad es un azul de pueblos sin jaulas ni jauleros.

Lucía dormida

Lucía tiene siete años y duerme con una mano abierta como un lirio. Cruza su brazo de sueño sobre el otro y, así trenzados, son los maderos indefensos del amor.

Conozco sus ojos pícaros y grandes. Ahora duerme bajo la piel de párpados sembrados en una hortaliza de astros que todavía no conocemos.

Lucía es tan pequeña como la uña de la mano de una ola cuando duerme en la playa y es, así dormida, como una ovejita de anime dormida y prendida con paticas de fósforo muy por entre los montes y quebradas que llevo por dentro.

Cadenas

Había una vez un hombre muy fuerte llamado Cadenas.

Tan fuerte que cruzaba los ríos crecidos con niños al hombro para que no se ahogaran. Niños y mujeres y curas y monjas y hasta camas y becerros y una nevera se salvaron de las aguas turbulentas gracias a la fuerza de Cadenas que atravesaba y corría por los páramos con una carga de papas sobre sus espaldas. Yo atravesé (cuando era como tú) el páramo de los Granates sentado en una silla de cuero a lomo de Cadenas.

Su arma era una espada antigua venida a cuchillo por el desgaste del tiempo y de las peleas.

Cadenas se vestía casi como sin vestirse: un pantalón que tenía el color de los árboles desnudos, una piedra amarilla amarrada con un bejuco alrededor de la cintura y sobre los hombros una capa de fibra de cocuiza.

Se agarraba a la cola del caballo de tu abuelo y galopaba.

La piedra amarilla se la regaló a tu abuela el día que lo llevaban preso: sucede que había atravesado con la vieja espada a su mejor amigo, el que le robó a su mujer.

Cadenas sonreía con dientes separados y conocía todas las aguas y todos los caminos.

a carta del padre

Soy inevitable, fui tu padre como tú lo serás cuando seas tuyo: y entonces amarás desde lejitos.

Hay hijos que esperaron y buscaron a su padre, Telémaco entre ellos. Telémaco, el hijo de Ulises, el padre que se fue muy lejos y el hijo creció para buscarlo y encontrarlo, veinte años después.

Hay padres que jamás buscaron ni esperaron. Hijos también.

Tengo las manos extendidas porque de vez en cuando hay un padre desconocido. Por calles y caminos busco siempre a un hijo.

Esta es la carta de un padre que amanece con una estrella en la mano.

Soy tan tuyo como mío y dibujo en el recuerdo el mar que te regalo.

Cuando seas capitán, saluda al sol y llévame contigo como si no me vieras.

Soy tu hijo.

Carrousel

Mi primer caballo fue el palo de una escoba y le puse casco de lata y un freno de poesía.

Mi segundo caballo fue mi padre en un caballo turco.

Tuve un caballo de jade que venía del mar.

Y uno de rosa.

Todos los otros caballitos daban vueltas.

Juego de niños

Cuando los niños juegan, hasta la muerte vive: una pelota danza, una madera le hace vuelo, un viejo periódico es un barco en el mar pasajero de una lluvia. Todo es juego, el sol a través de un vidrio de botella incendia hierbas, una niña de cinco años ya es la abuela de una muñeca hecha de forros de almohadas donde ya nadie duerme. La desgarradura de una tabla vieja es una espada y una camisa vieja es una capa. El "Zorro" es de verdad el zorro, y no hay, entre niños, religión sin sacerdote.

Los niños se juntan con los perros, con los gatos, con la arena para los castillos y con el mar para tantas aventuras.

Conocí a un niño que viajó sobre un dinosaurio azul por el fondo de la tierra, cabalgó sobre el caballo de Marco Polo, habló con un pozo muerto y conversó con una iguana.

Hay niños en el mundo, muchos, que sueñan con comida y amanecen con hambre. Debes saberlo tú que ahora comes y tienes otros sueños. Tú y Juancho juegan con la guerra de las galaxias, con monstruos japoneses y con armas de plástico, fabricadas en el Norte para los niños del Sur, vendidos por viejecitos amables en tiendas del niño Jesús y compradas por padres amorosos como nosotros. Nada malo.

Hay otras tierras donde hay niños que juegan con armas de verdad, fabricadas donde mismo fabrican los juguetes.

Una carta de sueños y de juegos andaría coja si no cuenta el cuento del niño sin la pierna y del que quedó zurdo porque perdió la derecha. El niño de Solentiname jugando con el sombrero del padre que dio un brinco y se durmió en el patio y la niña de Argentina que murió en el aire con un terrón en la boca. Nada bueno.

Si, ya sé, ya va, ya iré contando cartas. La vida es un rollo donde todos tenemos un cuento y los niños juegan con la vida y con la muerte, dos caballitos que vienen de Francia: corren que corren y ninguno se alcanza.

Sobre la muerte

La muerte es una cosa muy de uno y sin espejos, de pronto te miras a tí mismo y no te ves. La muerte es como cerrar los ojos y dormir. La muerte es dulce y no es esquiva, pero es puta: se acuesta con todos los animales del mundo.

Si no fuera por la muerte, Juancho, yo n viviría y tú no tendrías el delicioso sueño de recuerdo.

Uno muere al nacer precisamente porque vive Fíjate bien: miles y miles de espermatozoide buscaron y lucharon para alcanzar el óvulo de t madre. Sólo uno lo alcanzó. Los demás muriero en la guerra y fueron alimento de tu propia vid ¿Te das cuenta que al nacer eres ya un sobrev viente?

La vida es el bello relámpago de un triunfo.

No la malgastes.

Y digan lo que digan, camina hacia la muer con toditico tú.

El caballo de Bolívar

Bolívar jamás tuvo un caballo: tiene un pueblo.

Uno tenía y era del color del trigo y se lo regaló a José Martí.

Cuando murió Martí se lo regaló a un argentino y el argentino a un chileno y el chileno a un jinete que venía de Nicaragua y el jinete de Nicaragua no lo desensilló: Bolívar cabalga todavía.



Los anillos de la lluvia

La lluvia son barandas, barbas de agua, una ducha cuando el cielo abre las plumas de las nubes para bañar la tierra polvorienta. A veces son filamentos de pisada suave que el viento lleva y trae, a veces son goterones que levantan polvo y ametrallan los techos de las casas y de los árboles.

La tierra bebe lluvia y orina fuentes y las fuentes ríos y los ríos más ríos y los más ríos lagos y mares océanos y los océanos -mares-más ríos-ríos orinan hacia arriba neblinas, nieblas, nubes. La lluvia cierra el anillo de Dios sobre la tierra con un broche de siete colores, que es la vida en arco iris: El verde son los árboles, las hierbas, las esmeraldas; el azul es el cielo, el mar, los zafiros y los ojos bajo el techo de las niñas rubias; el rojo son los torrentes de la vida debajo de la piel, el color de los toreros, el rubí, los labios que descorchan dientes, el vientre de la tierra y el corazón de los hombres; el amarillo es el color de una princesa china, el fogón de los pobres de la tierra, el oro de los ricos, el topacio y el ámbar, la arena de los médanos, el girasol de la luna y el dolor de todas las ausencias y la mitad del pensamiento; el morado es la otra mitad del mismo pensamiento, la pasión y la muerte de un hombre que murió por tí, el misterio de las amatistas y el amatista de unos ojos que descubrí en el Volga.

La lluvia circunda a la tierra con el anillo de la vida y la envuelve en la red de todos los colores. Los colores se envuelven y entrelazan en movimientos de la vida. Hay un color de mandarina en el sol de los venados cuando aletea sobre la montaña amaneciendo y cuando parpadea atardeciendo sobre los riscos, lomas y caminos para ver los incendios lejanos de la noche. Hay color inocente que florece en la grama de los parques cuando corren y juegan tus amigos, es el rosado de las adolescentes, el arrebol de todos los rubores, la infancia del rojo, el alba del tiempo del rocío entre la madrugada y la mañana, encías de la guayaba y almendras de canción de cuna.

Hay colores escondidos entre los colores. Los anillos mágicos del agua, es la tierra y del aire los alimentan con aves, con flores y con frutos: verdines y periquitos, azulejos y canarios, colibríes, tucusitos, cardenales, arrendajos, turpiales y el plumaje de la guacamaya, un arco iris que se quedó en la selva. El estallido de las trinitarias, el vino de los apamates, araguaneyes, acacias, cayenas y bucares encandilando al sol; flores nazarenas, violetas, nomeolvides, campánulas, magnolias, girasoles, tulipanes, claveles y la pulpa lluviosa de las frutas, de las raíces, de los tallos de los tubérculos.

Encuentras, en la presencia y en la ausencia de todos los colores, la paz del blanco que tiene

a todos en el marfil del mundo; y la infinita soledad del negro sin color alguno, rey de la noche cuando apaga las estrellas y cueva del alma cuando el hombre muere.

La lluvia, Juancho, son las venas de la vida, cuando camines sobre la lluvia no uses sombrero ni paraguas, levanta la cara hacia las nubes y deja que el anillo de la vida toque y fecunde tus amores.

El mito de tu abuelo

Un mito es un cuento o, en todo caso, siempre hay un cuento en un mito. Ya te explicarán los profesores, te hablarán del hombre primitivo que convertía la naturaleza en dioses como hombres inmensos, poderosos y terribles, pero hombre al fin, que siendo el sol o el rayo y la tormenta, o la selva, hacía posible que uno lo pusiera en boca, los invocara y comprendiera lo que no comprendía.

A mí me contaron esto y algunas cosas más. No sólo las fuerzas de la naturaleza, como el viento, el fuego, el agua y la tierra eran representadas por hombres y mujeres tal como nosotros, pero sin enfermedades ni muerte; sino que otras cosas más cerca de nosotros, como la guerra y la paz, el amor, el canto, la esperanza y la muerte, también tuvieron y tienen todavía dioses de diferentes tamaños y poderes.

Ya ves que me estoy enredando con esto de los mitos. Siempre me ha sucedido lo mismo. Y no te sorprenda que a tus profesores también.

Así te diré para enredar más el cuento, que tu abuelo es un mito. No porque haya sido un dios, ni una fuerza de la naturaleza, ni porque no haya vivido. El vivió muchos años, tuvo muchos hijos y tiene muchos nietos. Entonces ¿por qué es un mito? Creo que es un mito porque, al recordar su vida, sus cosas y su mundo, voy convirtiéndolo

en cuentos, en pequeños cuentos en donde a veces está y a veces no está, pero siempre está, como en una adivinanza.

Y la adivinanza es ésta: busca el mito de tu abuelo en los cuentos de tu padre.

Adivinar es el reto de la vida mágica, divina y divinadora, encontrar lo inencontrable, realizarse en la palabra desconocida, sabiduría de magos y de poetas.

¿Difícil? No lo será si lees dos veces y piensas un poquito. Si sigue siendo difícil es porque ya has comprendido. Lee entonces los cuentos de tu padre, no todos están escritos; comienza por estos últimos, los primeros siempre estarán allí, esperándote. Tu abuelo, en cambio, no espera: tienes que inventarlo.



Krasnomir

Krasnomir es el canario que le regalé a tu madre un año antes de que tú nacieras. Cuando tú naciste ya Krasnomir conocía a Mozart y a Vivaldi.

La vida de Krasnomir es de muy canto prisionero y es lejana la historia de su nombre: viene de una ciudad construida sobre más de cien islas, Leningrado, cruzada por un río de aguas de ojos verdes y es novia de un golfo de mares invencibles.

Sucede que en Leningrado tu mamá y yo conocimos a un astronauta que jamás viajó a la guerra de las galaxias, pero le cantaba a la luna canciones tristes como cantan los novios cuando se despiden.

Se llamaba Krasnomir, ruso, hijo y nieto de rusos, nacido por casualidad del signo Piscis en una terrible mañana de marzo, entre ruiseñores asustados y árboles (los abedules) muy pálidos bajo las bombas y las metrallas de los alemanes, hace afortunadamente mucho tiempo.

No tomes esto a mal con los alemanes, gentes de ojos azules y de amores tiernos, sino con gente que en cualquier lugar y tiempo de los mundos pueden ser dueños de bombas y metrallas para que mueran los que aman, sin querer morir sino seguir amando.

Pero volvamos a Krasnomir; lo conocí en el palacio llamado "Le Hermitage", hoy un museo de grandes obras de arte pero que yo conocía como palacio de reyes a quienes allá decían zares en los tiempos de una gran novela, "La Guerra y la Paz", un incansable cuento grande de Tolstoi. Cuando Alexis Constantino Tolstoi vivía y escribía hace ya más de un siglo, Leningrado se llamaba Petrogrado, como decir que no era en aquel tiempo la ciudad de Lenin sino la de Pedro. Pedro fue un gran rey, tan alto era que sus botas te dan por la cintura; y Lenin fue un gran revolucionario, tan pequeño como Simón Bolívar.

Seguimos con el cuento: Krasnomir y la novia de un físico nuclear llamada Perivocha porque decía en español lo que escuchaba en ruso, nos hicimos amigos, tan amigos que lloramos sin lágrimas cuando nos despedimos.

Así que por el recuerdo de la gente que lo quiere a uno y por alguna razón de amor que tiene mi corazón para los nombres, llamé Krasnomir al pájaro de trigo, sin saber, en aquel entonces, que **mir** es paz y **krasno** es mundo.

Krasnomir cantaba de mañanita y algunas veces al atardecer, casi siempre cuando el sol de mandarina cubría con un velo morado de piedras y de hierbas de amatista las faldas del Avila montado por la neblina.

El Avila es la montaña echada como toro que asoma al balcón donde te escribo.

Y aquí, a mi lado, Krasnomir está en silencio. Hace ya tiempo que no canta. Las uñas le han crecido mucho y yo no sé cortarlas, no me atrevo porque no sé cuál es el límite entre lo que se siente y lo que no se siente. Me da pena ver las paticas como si fueran helechos descolgándose.

Una vez busqué en el diccionario más imponente de la lengua que hablas, la palabra **canario**.

Te copio lo que allí leí:

CANARIO: Pájaro originario de las islas Canarias, de unos trece centímetros de longitud; tiene alas puntiagudas, cola larga y ahorquillada, pico cónico y delgado y plumaje amarillo verdoso o blanquecino, a veces con manchas pardas. Es una de las aves con mejor canto y más sostenido; se reproduce en cautividad y a veces se cruza la hembra del canario con el macho del jilguero.

No pude más. . . ¿Cómo es posible que un jilguero, pájaro tan libre, se meta en la cárcel del canario para quitarle la mujer a un preso?

- Pues no, me dijo el carcelero, la cosa no la comienza el jilguero sino el dueño del canario.

- Pero de alguna manera el jilguero quiere a la canaria y la canaria al jilguero- dije yo.

- Claro que se tienen simpatía, fue todo lo que dijo el carcelero un poco muy triste cuando abría la mano para que un pájaro de chaqueta negra y pecho de oro saliera batiendo sus alas hacia el corazón del cielo.

Me temblaron las manos cuando abrí la portezuela de la jaula. . . Krasnomir miraba y no veía. Al fin salió. Cosa increíble, me pareció que volaba más velozmente que los otros pájaros. Yo quería derrotar al diccionario. Detrás de la casa había un bucare de candela cubierto (era marzo y con neblina en sol) de campánulas azules. Allí entró y desapareció tu Krasnomir. Fue en vano la esperanza de verlo salir hacia otros árboles, y ni siquiera pude saber en cuál rincón del árbol se escondía Me retiré, me fui cuando ya todos los pájaros del mundo estaban en sus nidos.

Al amanecer yo no tenía la misma tristeza de al anochecer, pero una navajita me estaba cortando por dentro el corazón.

Cada vez en todas las mañanas, te lo juro Sebas, el Avila -como decir montaña- es el toro de Dios que lava los pecados del mundo. Yo tengo una mesa de madera con huellas de corcho y puñales, donde escribo. Y allí me acerqué y me

senté en la silla de cuero crudo que me regaló mi hermana, con todos mis remordimientos. Eran las seis de la mañana y Krasnomir cantaba, cerca de mí, en su prisión de siempre, la mismita mía.

El patio de la abuela

La abuela es pobre y no tiene mucha cosa, pero tiene. Tiene el aire que juega debajo de la mata de mango y los frutos de mejillas de oro con que regala a los niños más negritos del mundo.

- Señora, permiso

- ¿Qué quieres?

- Un mango

- Entra, pero no me dejes las conchas en el patio.

Los árboles rodean la casa de la abuela, vienen sembrados desde el río y se inclinan con la brisa del atardecer, huelen las tejas lentamente adormecidos y van sabiendo de cada uno de nosotros, las acacias tienen la timidez de una pestaña y los helechos extienden un pálpito de manos sobre la redondez del aire. Un lagartijo aquí muy cerca hace el amor con una lagartija. Los dos son verdes, pero rojos. Y se muerden el cuello y refriegan temblorosamente contrapunteados por el sol del mediodía. Resuellan y se aman. Y se separan como si no se conocieran.

El patio de la abuela es un camino de piedras con ojeras. Y es la abuela, tan alta y extendida. Tan sonriente que parece que siempre amane-

ciera en cada una de las palabras que brotan desde el patio, como flores. Uno se va durmiendo poco a poco debajo de la piel de la abuela, en el patio de su manera de quererlo a uno.

Tiene todo lo que una abuela quiere tener:

Un patio, un árbol, una silla, un nieto y una flor. Por dentro tiene añales y caminos y cuentos de nunca contar. Se le ve en los ojos.



Los conuqueros

Conuquero y arriero son dos modos distintos de ser pobre. En mi tierra de pueblo, jefatura, iglesia y monte hay distintas maneras de ser pobre, pero van cambiando lentamente con el tiempo.

Así que podemos hablar de un tiempo de arriero, conuquero y pulpería, por debajo; y de hacienda, juez, jefe civil y cura, por encima. Es el tiempo entre mi niñez y adolescencia como el tuyo ahora. Si fuéramos ahorita a la misma tierra, por debajo serían: peones, choferes y abastos, y por encima: finca, prefecto y tribunal. Pero los conuqueros y los curas no se acaban nunca, y allá están.

Tú mismo has conocido conuqueros en Río Chico, son los que salen a orillas de carreteras y venden, bajo toldos de palmera, cambures, mangos, aguacates, lechosas, mandarinas, a según sea el tiempo y la cosecha por manera que el año se divide, no en meses, sino en frutas. Sólo el coco y los cambures resisten todo el año, como los conuqueros y los curas, aunque también éstos, de algún modo, cambian: hay conuqueros portugueses, colombianos, ecuatorianos y curas de la hermana Colombia y de la madre España.

Volvamos a mi tierra y a mi infancia. Todo era sembrar café, darle sombra, deshierbarlo, cosechar, secar, pilar y vender. Los conuqueros no

tenían café, pero hacían esto para los dueños de hacienda.

Los conuqueros vivían en rinconcitos de hacienda que casi nunca les pertenecía. Sembraban yuca, maíz, ocumo, arvejas, caraotas y criaban gallinas y cochinos. La mitad de lo que sembraban y criaban no era de ellos, una parte era para el dueño y otra, una partecita, era para el cura. Con lo que les quedaba, iban al pueblo y compraban telas, pescado seco, sal, velas, manteca, chimó, aguardiente y otros remedios. Los conuqueros eran felices y hasta gordos, pero pálidos y tristes. Creían en Dios y Dios creía en ellos.

Un buen día los precios del café aumentaban, y los hacendados necesitaban las tierras de los conuqueros para sembrar más café. Los conuqueros se iban entonces montaña arriba, tumbaban árboles en las laderas, los quemaban y por el aire volaban las cenizas hasta el pueblo, nosotros jugábamos con ellas, parecían mariposas, se deshacían en las manos y nos poníamos cruces negras en la frente.

Seguían sembrando y cosechando hasta que la tierra se cansaba, entonces tumbaban más árboles y volvían a quemar y seguían sembrando cada vez más lejos y más arriba. Llegaban las lluvias y arrastraban hacia abajo, hasta las

quebradas y los ríos todo lo que podían arrastrar y llevarse de las tierras, abrían zanjas y troneras y había derrumbes y a veces se llevaban ranchos y fogones.

Las tierras de arriba se iban quedando tasajeadas y solas. Los conuqueros, monte arriba y en silencio. Una vez tú viste todo eso allá en los Andes: un hombre encobijado detrás de una yunta de bueyes muy arriba entre la niebla como si sembrara en las nubes.

Tenías cuatro años, Juancho tres. Me preguntaste cómo habían llegado tan arriba y de qué se agarraban para no caerse. Te dije que el hombre se agarraba del arado; el arado se agarraba de los bueyes y los bueyes se agarraban de la tierra.

- Pero *zi* la tierra *ze* quita y *ze* pone -dijo Juancho-.

- Es la niebla -dijo la madre-.

Carta del día y de la noche

La tierra es un animal blanco, azul y verde que danza frente a la luz del sol.

Sobre sus lomos lleva mares, ríos, montes, hombres, animales, ciudades. Es como una ballena del espacio. El espacio es el mar que no termina nunca.

Nadando en el espacio, en busca de la luz, la espalda de la Tierra se oscurece cuando el Sol ilumina la barriga; y la barriga de la Tierra se oscurece cuando el Sol, en el girar de la ballena, alumbra y calienta la espalda fría que se oscureció.

El día y la noche es un ir y volver sobre uno mismo.

La noche da miedo al hombre y a los árboles enamorados de la luz; pero la noche despierta y alegra la luna, las estrellas y los animales nocturnos de ojos verticales cuyo día es la oscura sombra de la noche. Allí juegan, corren, vuelan, cantan y hacen el amor.

El día despierta al hombre y a los árboles. Es bello el perfil de una montaña que amanece, el canto lejano de los gallos, la conversación de los pájaros del mundo. El hombre siente que las fuentes y los ríos y el mar también despiertan.

¿Dormirá Dios acaso? El Sol no duerme, ni los astros, ni la tierra, No duermen porque siempre andan en su totalidad despiertos. A la Tierra se le duerme una pierna cuando se despierta la otra, y la pobre anda desvelada cojeando entre la luz y la sombra en un largo camino por el universo.

Dios ni duerme ni tiene vacaciones. Pobre Dios entre las noches y los días.



Llueve en la casa de tu abuela

Barinitas es una soledad de calles y palmeras. Llueve en diciembre. La casa es grande y pobre, rica en flores. Hay un fondo de pascuas ruborizando el oro de las toronjas. La astromelia es el centro del jardín, no porque esté en el centro sino porque se eleva a un lado y van doblando el cuello verde sus macetas blancas. Estuvo a punto de morir de comején y tu abuela puso cal y ceniza y la salvó. Ahora, con la lluvia, caen las pétalos nevando. El verdadero centro es un croto de llovizna de oro, planta de arcoiris, amarillo de Van Gogh, sexo de diosa y acá el morado azul de la petunia, tímida de lluvia, nostálgica de sol; unos gallitos, pirámides de colibríes y con fondo de helechos, una mata de hojas blancas sin nombre para mí, helechos y dalias y rosas marchitándose en sus tallos.

Mamá tiene detrás de este jardín, un patio de hicacos, toronjas, cambures y yuca y lechosas. La casa es de zinc viejo y suena y latiguea la lluvia. Ella siembra y ella arranca la yuca. Nosotros la comemos. Ahora no puede arrancarla: se quebró una pierna y los clavos, arriba, le duelen, no la dejan agacharse.

Siempre en diciembre hay un pesebre en mi casa.

Tiene lagos y ríos, pastores, ovejas, camellos y extraños viajeros orientales.

Este año tiene gatos. Gatos vivos: una gata que en la noche duerme muy cerca de la cuna del Niño Jesús, con sus dos gaticos, infancia desamparada.

Mamá no los odia sino que los atormenta porque los gatos también la atormentan.

Les ha echado agua caliente. A la gata madre. El Niño Jesús protesta. Los gaticos no tienen cómo pedir el regalo de su vida.

Mi madre tiene la dulzura de toda su crueldad.

Los gatos van a vivir después de los pesebres. Tienen la piel de los leopardos del mundo. Abren sus ojos de esmeralda. Duermen entre los camellos y las ovejas y los pastores. Tu abuela sin querer los ama. Eso nos pasa a todos. El Niño Jesús comienza a gatear con los gaticos. Se van de noche por los techos y no tiene regalos en la mano. Entonces regala a sus amigos los gatos blancos, negros y bruñidos de su pesebre.

Ya pasó la lluvia, el sol tiene la piel de mi madre, una piel del color de su jardín, hecha de luz de verde llama reventando en todos los colores.

Ya no llueve.

La ciudad sin niños

El Avila es una montaña para mirar de lejos y el Guaire es un río que dejó de ser azul, entre valles, pastizales y bambúes y ahora anda por allí, entre calles, basuras y cemento, maltratado por los hombres, achacoso, maloliente, como un perro enfermo y apaleado que a veces trae de la montaña un mal de rabia.

Las calles de Caracas no tienen aceras para andar por ellas, pero hay muchos automóviles grandes, medianos y pequeños y en todas marcas y colores. Muy dentro de los automóviles van los niños que antes estaban muy dentro de los apartamentos, también como automóviles pero estacionados.

Cuando los niños no tienen apartamentos ni automóviles, tampoco viven en las calles, sino debajo de los puentes, en las orillas de las quebradas o en ranchos de bloques o de tablas en los cerros que rodean a Caracas como un collar de hambre. ¿Por qué como un collar de hambre? Porque los niños comen pan con guarapo, a veces espaguetti, y a veces no comen nada, aunque pueden llorar y tragar lágrimas y mocos, o ponerse a pedir y comer cuando les dan.

Caracas es la capital de Venezuela y Venezuela es un país de América Latina. América Latina es algo más que la mitad de un continente y está formada por veintitantos países, unos más gran-

des y otros más pequeños que Venezuela, pero todos tienen apartamentos y automóviles y niños encerrados en automóviles y en apartamentos, y también tienen ríos sucios atravesando ciudades, árboles golpeados por la vida callejera, pájaros que fuman cigarrillos, y niños debajo de los puentes y ranchos y barrios de gente que viene de más lejos, niños que comen o no comen, que piden y les dan o no les dan.

Venezuela, América Latina y todos los países del mundo con niños o sin ellos... ¿Habrá un país del mundo que no tenga niños? ¿Cómo sería? Me pongo a pensar que sería un país de viejos -o de viejas- sin ganas de tener niños o sin poder tenerlos, gente sin sexo, como decir sin ganas de reírse, sin risa, tal vez con ojos pero sin mirada, tal vez con brazos pero sin dedos o con muchas piernas pero sin caminar. Cosas así suceden.

Bueno, te decía que Venezuela y la América Latina y todos los países del mundo tienen niños y tienen amor, cariño, afecto, dedicación por los niños pobres, por los desamparados, por los que piden y comen y visten lo que les dan, cuando les dan; o no les dan y entonces no comen ni visten. Entre ese dar y no dar hay una escalerita que se llama Caridad, con peldaños de amor cristiano y de humillación social. Pero esto último exige una carta especial sobre el asunto, que pudiera ser este mismo año (tú tienes doce). Ya veremos.

Sigamos por ahora.

Sucede que por razones de la civilización, de la organización del mundo, hay una especie de Congreso Mundial, de lugar donde todas las naciones se juntan para conversar y discutir sobre los grandes problemas de las naciones y de cómo resolverlos. Son las **Naciones Unidas.** Allí los grandes señores que se reúnen son casi todos padres y, como es natural, pensaron en los niños: hicieron una "Declaración de los Derechos del Niño", algo así como una carta de amor para los niños, pero muy seria y muy como si fuera una orden, una ley, un juramento.

Son diez principios, como diez mandamientos de la ley del niño.

Hay uno que dice, te lo copio tal como dice:

"El niño debe, en todas las instancias, figurar entre los primeros que reciban protección y socorro".

Tú fuiste, Sebastián Araujo -ocho años, Venezuela, América Latina, el mundo entero- uno de los primeros en ser arrollado por un automóvil grande y bellísimo, en una calle sin aceras, por una señora que no tuvo la culpa, que es madre de un niño como tú, y quien, para ahorrar distancia y tiempo, guiaba en sentido contrario

al que le indicaba la flecha, es decir, se la comió, en un lugar de niños, de salida y entrada de niños, a la velocidad con que se hacen las cosas clandestinas, precisamente allí donde los niños "deben ser los primeros que reciban protección y socorro".

En los accidentes de tránsito, cuando chocan o vuelcan los autos y los autobuses, son los niños los más golpeados y los primeros muertos. En los apartamentos son los primeros encerrados. En los ranchos, son los primeros hambrientos. Debajo de los puentes son los primeros ahogados. En las balaceras entre la policía y el hampa y en las manifestaciones estudiantiles, son los primeros caídos.

¿Y en la guerra? En las guerras de todo el mundo son los que más caen y mueren, sin saber por qué, los matan balas, gases, llamas. Niños del Asia, niños del Africa en selvas y desiertos, niños de nuestra propia América, aquí cerquita, en la tierra de selvas, lagos y volcanes que enlaza trágicamente a la América de arriba con la América de abajo.

Mientras los hombres armados disparan por las materias primas para sus industrias, van destruyendo la materia prima de la Humanidad: el niño.

Finalizo recordándote la carta de amor de las Naciones Unidas, es decir, de todos los padres del mundo:

"El niño debe, en todas las instancias, figurar entre los primeros que reciban protección y socorro".

¿Te parece triste o terrible esta carta? Ciertamente, Sebas, no es el tiempo para hacerla alegre. Quítale un tanto de la vehemencia que he puesto en ella y la leerás mejor (vehemencia es como electricidad de corazón). Pero habrá otras cartas y hay siempre otros amores y cuentos cargados de una vehemencia azul.

Te las escribiré mientras tú vayas creciendo, amigo mío.

Inés

Viene del nombre de una hermana mía que murió temprano, tenía dos años, yo tendría cinco y vi la muerte por primera vez amaneciendo un día de llantos de mi madre a quien tanto visitan los fantasmas.

Tiene nariz de lorito no clasificado, ojos de turquesa y esmeralda como piedritas con musgo bajo el agua de los puentes que cruzan los ferrocarriles bajo los yagrumos.

Fuerte y débil, equilibrista de la distancia entre debilidad y fortaleza, avanza el vuelo de sus colibríes por flores y por aires. No hay amargura que la toque, ni protestas de amor que no la tempesten.

Y cómo es de miel la cascada de sus brazos cuando sus manos de marfil en delta, desembocan en la cabellera de sus hijos o apaciguan la frente de su padre.

El caballo

Si lees con amor a "Compañero de Viaje", todo es el caballo. En el fondo de los aires y los mares, todo es el caballo, una montaña reventando en cascos y un dibujo haciéndose a sí mismo como si fuera el reloj del sol y de las nubes.

Cuando yo tenía diez años, mi padre (como decir tu abuelo) tenía un caballo turco. Era negro y de mirada altiva, yo lo llevaba todas las tardes al potrero y lo montaba en pelo. Una vez se enamoró de una mula sin saber que las mulas no pueden enamorarse. La pagó conmigo. Cuando lo monté estaba rabioso.

Creo que sin mala intención sino tal vez para sacudirse por dentro, me lanzó en un matorral, a orillas del camino. Es todo lo que recuerdo de él. En cambio, Cartablanca era una yegua de color de espuma, andaba, no andaba, caracoleaba como jamás un caracol lo haría: el pasitrote, el andoneo, el paso fino y hasta el galope sobre el piso duro y negro de las tierras de la Cruz Verde y de Santa Filomena retumbaban como si fuera la música de un cuarto hecho tambor.

¿Te acuerdas cuando aquel japonés me vendió un caballo de jade fabricado en China?

No se fabrica un caballo, un caballo se va haciendo poco a poco. Primero uno lo ve nacer envuelto en algo así como la neblina. Después lo

ve pararse, eso que los profesores llaman ponerse de pie, andar casi cayéndose como tropezando con la brisa, la grama y el canto de los pájaros. Después la tierra tiene que abrirse para darle paso. Un príncipe que lleva como un mar sus olas por encima.

Se llama brío a su condición natural. Piafar es una manera de ordenar con el hocico y la espuma del hierro que lo enrienda, la inquietud del casco que escarba el suelo y desafía desde lejos las distancias.

Todo eso es el caballo y algo menos siendo más: hay caballos que galopan dentro de uno, se ve de pronto en tu mirada, estallan en tu risa y amanecen galopando a tu lado con la mujer que amas.

Los caballos, Sebastián, son una cosa seria.

Pregúntaselo a Juan, que los conoce.

Fíjate que no vuelan, ni vuelcan, no navegan, ni ruedan, ni revolotean. Son caballos.

Como decir el sol moviéndose en la noche muy de miel en la mañana y el mar de blancas alas muy azulmente enamorado de la verde montaña que no alcanza. Eso te explica por qué las nubes galopan, son los caballos del viento y el viento es

el caballo del diablo y el diablo es el caballo de Dios y Dios es el caballo de los ríos, y los ríos, los ríos, Sebastián, galopan.



¿Qué es un gallo?

El gallo es como el sol: despierta muy temprano, arde a mediodía y duerme al anochecer, cuando es temprano todavía.

Lo contrario del gallo son la noche y el búho, la oscuridad y los ojos fijos y desvelados como el miedo. En los campos andinos ponen cruces de palma bendita o trazan cruces de ceniza sobre las paredes de pañete blanco al frente de las casas para que los búhos -lechuza o zorrococo- no se acerquen porque son mabitosos, como decir, anunciadores de malas suertes con su sordo canto de excavación nocturna.

Gallos al filo de la medianoche, de canto lejano despiertan el desvelo de todos los recuerdos y parece que vinieran de mundos distantes y desconocidos; gallos de alta madrugada silencian a los búhos y alertan a los campesinos que se revuelven sobre el cuero de res o en los catres donde duermen y despiertan a los perros aullantes y realengos; gallos del alba para los viajeros y los labradores, son las trompetas de la luz, de la vida, del movimiento, del fogón para el café cerrero, del tabaco o del chimó, callan los perros mientras cogen camino los hombres y las bestias.

Los gallos resumen en sus plumajes los colores del amanecer: gallos cenizos como la vaga luz de los límites del alba; gallos giros como el oro

pálido del rayo en la niebla, gallos de color de mandarina, camagüeyes, como el sol de los venados; gallos rojos como el estallido de la luz sobre un patio de cayenas y claveles; gallos marañones de cola negra y plumaje estallante como la flor del bucare entre los cafetales; gallos negros de plumas brillantes como los zanjones de lajas y de pinos, y gallos blancos como el día.

Hay división de razas, de jerarquías de valor desde la temeridad hasta el pánico, y de clases sociales entre gallos campesinos y proletarios de orilla urbana y gallos de esmeradas atenciones, de cuello y muslos rápidos y de sofisticado entrenamiento, son los gallos de "cuerda", airosos, solitarios, de cabeza aguda y nerviosa, erecta, vigilante y precisa como una cobra, siempre atados a un botalón, o en grandes jaulas superpuestas, duermen sobre un banquillo de madera con travesaño adaptado a sus patas, a veces lo sacan a un patio con sol como a los presos, o como a los gladiadores en tiempos de la Roma imperial. Comen y visten y lucen y aletean sus cantos hasta el lance de muerte en el redondel de la gallera, cerco de aguardiente, sudor, grito, ira, desahogos, refranes, enfrentamientos, palabras como piedras al rostro adversario, voces de aliento al gallo favorito, esperanza y euforia que se vuelve, de pronto, silencio y desaliento, para elevarse de nuevo, a según vaya la

pelea, en intermitencias de locura bélica, miradas implacables. Los gallos luchan para que los hombres hagan explosión y echen al viento el pedreguyero de odios, rencores, iracundias, frustraciones, valentías retenidas en talanqueras de miedo, se igualan los ricos y los pobres en el charco de sangre de los gallos. Y en el atardecer de las peleas, los hombres regresan a sus casas, salpicados de sangre, descolgadas las rudezas, comen y duermen y roncan bajo el sopor de vida y muerte, victorias y derrotas.

Gallos españoles y cubanos, de fina estampa, cuerpos alargados y colas en donaire de arcoiris, agudísimas espuelas en curvas de alfanje y de invisible dardo, serenos en el andar, faisanes de la muerte, gallos pinto de blanco y negro purísimo, se cruzan muy altos en el aire, como si buscaran cielo para su pelea. Gallos gringos, poderosos y brutales, parece que tuvieran coz en vez de espuela, bravíos de pecho alzado, feroces en el ataque y de tremenda resistencia.

Los gallinos son gallos de estampa de gallina de raza, hay leyendas sobre su coraje, alevosos y ágiles, a veces aparentan huir para volverse de pronto al arrebato mortal.

Los patarucos son gallos de clase media, sin pedigree, sin historia, mestizos de gallina chonga y gallo de pelea, jugados al azar de un espuelazo con suerte, generalmente dan patadas sin acierto y salen en carrera huyendo y gritando a la primera herida y hasta vuelan enloquecidos por el miedo. Sin embargo hay patarucos con suerte, que han deslandrado a un gallo fino. Quienes los juegan no son tampoco galleros, son aficionados que ríen nerviosamente en las apuestas generalmente bajas. Es como si jugaran dados y no gallos, los traen directamente desde el patio y en la misma gallera les cortan las plumas del pescuezo y les escupen aguardiente encima antes de lanzarlos al ruedo. Como son gordos casi nunca los pesan sino que cazan a ojo las peleas. El pataruco ni es de patio ni es de "cuerda", es un soldado que combate sin saber por qué o por quién. No es un mercenario, es un recluta.

El piroco es un gallo solitario, un marginal de pollina corta, pescuezo calvo y una bufanda de plumas aisladas en el pecho, como si fuera un buitre desterrado, asexuado y orillero, en los patios vegeta bajo la tolerancia del caudillo, las gallinas lo desprecian, hasta las pirocas, marginal como es, su amor es clandestino y lo hace mirando a todos lados en el angustioso segundo de un placer cobarde. A veces alcanza distin-

ciones insólitas, como el amor de un niño que lo convierte en mascota o como aquel de plumas de espiga de verada que picó y tragó un pequeño brillante de mi madrina Mariana, lo ataron y hurgaban la lila que evacuaba; como no aparecía la joya, le torcieron el cuello y lo abrieron, cuando cortaron la molleja había un resplandor entre las piedritas del fondo.

Los ayudantes de gallero llevan siempre cascos de espuelas de todos los tamaños para igualar espuelas de contrincantes o armar a un pollo de prematura gallería ante un gallo de igual peso y estatura, en una frecuente lucha de generaciones. También llevan tijeras, navajas que cortan en el aire un pelo, hojillas, limones, aceite y aguardiente y zapatones; puntas de corazón de res, maíz sin corazón, medias naranjas, menjurjes y ungüentos secretos para el trabajo, el alimento y el careo diarios.

El gallo del patio, inmenso, apuesto y feudal es una de las más bellas aves del mundo. Su vida es cantar, comer, amar, dormir y defender su serrallo. Arrastrar su ala en cortejo amoroso y sembrar en el vientre de todas las gallinas la fuente primaria de la vida y el desayuno de la humanidad entera.

¿Qué es un gallo?

Un gallo es el canto de una libertad ausente, heraldos del sol, trompetas de la vida, del amor y de la muerte.

Y ya dejaron de cantar los gallos

Juancho, siempre he estado viajando sin moverme de ninguna parte, algo así como Don Emilio Rojo, un hombre de ojos de lechuza, que se sabía la Biblia de memoria y nunca salió de su talabartería, donde fabricaba las cotizas y las sandalias con que viajaron todos los parameños entre los Batatales y la Loma Larga.

Todos en aquel pueblo eran como si viajaran y no viajaran, como si vivieran viajando sentados, o como si hubieran llegado a una piedra, ya cansados de viajar. Como mudanzas por dentro sin que nada cambiara por fuera, o mudanzas por fuera sin que nada cambiara por dentro. Me estoy enredando en el asunto sin necesidad: la Niña Débora cambiaba de cuerpo cada Viernes Santo, pero siempre tenía el mismo traje negro. Las culebras cambiaban de piel, yo vi las conchas pegadas a las piedras, pero seguían siendo las mismas culebras. Y Escolástico ¿no movía brazos y manos como si nadara en el aire y estiraba y encogía los pies azogados, y arqueaba el cuerpo mientras los labios se le movían, sin decir palabra y como amasando pan? ¡Y Escolástico era paralítico!

Pues más o menos así es el caso mío. Yo no solamente viajo, yo vuelo. He volado solito, con mi solo cuerpo, sobre el río Orinoco y sobre las aguas bramadoras del río Santo Domingo y casi como oliendo por encimita el resuello de las

crecientes del Boconó, que huele a barro y cabeza de caballo cuando crece; y sobre las aguas del Burate, un rio de café con leche. He volado de verdad siempre lanzándome desde el borde, cortado a laja por miles de años, del Cerro del Gobernador, y paso en vuelo rasante sobre los yagrumos, los canelones, los say-say, los bucares y los cafetales.

Pero también he ido a Suiza, al Lago Lemán, a la Selva Negra y he visto los cristales de sal de las minas de Salzburgo, viajando, viajando, viajando, hasta volar metido en una lancha que no toca las ondas sobre el regazo del Volga, un río-mujer como el Nilo; y cuando en Leningrado me puse el gorro de astracán, comprado en Astracán, tenia, no la sensación, sino la certidumbre de no haberme movido de mi sitio.

Igual cuando estudiaba y ese cambio de pueblos y ciudades, de pensión en pensión, de clase en clase, de año en año, en años y carreras y siempre igualitas las comidas, las clases, el tiempo; sí es verdad que bajaba de una mula y esperaba un autobús, como también cambiaba de camino a carretera, de un pedagogo a un creador y de un país a otro; pero al abrir los ojos, cada día, yo estaba allí, en el mismo sitio, me senté en otro, eso fue en un avión que volaba sobre el Amazonas, cuando atravesaba el Mar del Norte, no estaba ni en América ni en Europa,

estaba allí mismito.

Lo mismo me va, Juancho, con eso de regresar, de retornar o de volver, como se diga. Un amigo mío decía que cada vez que viajaba perdía el hogar y cada vez que regresaba perdía la ausencia. Era un afortunado que siempre perdía y tenía, entonces, la experiencia mudable de las cosas. Yo no.

Con el arte es igual. Tú que dibujas y pintas terribles seres del espacio, motocicletas al aire y líneas de escape brújico, digo así por aquellos dibujos de Goya que tú viste. Bien, de todo eso, a mí se me quedó grabado el de una nave -una combinación de Toyota y de pantera- a toda velocidad detrás de un perro, y quien parecía moverse era el perro. Como le pasa a uno en los museos: allí están los cuadros bien clavados en la pared y uno bien clavado en el suelo, contemplándolos, que es una manera de dejarse andar por dentro, pero volúmenes y líneas y colores y ojos e imaginaciones, viajan, viajan, viajan . . . sin moverse.

Pero es distinta la cosa, yo hablaba de mí y no del mundo. Pongamos el ajedrez, ajá, el ajedrez (que tú juegas para ganar y yo para descansar, cansándome). En el ajedrez todo se mueve y salta -la infantería, la caballería, la oficialidad- ¡Hasta las torres se desplazan! Todos se mueven, menos

el Rey, que apenas si da uno que otro paso; y, sin embargo, fijate bien, es el Rey quien más se mueve no moviéndose, no porque todo gire alrededor de él y en función de él, sino porque él es el movimiento que no se mueve, el que viaja por dentro de los viajeros, el viajero infinito, porque caídos todos sobre el tablero siempre hay un rey en pie, es decir, siempre hay un viajero inmovil en el tablero de todos los caminos.

Dejo la carta así, Juancho, no para que adivines nada, no hay misterio, sólo tengo un ligero cansancio de viajar, y ya dejaron de cantar los gallos.

Juan Carlos

Juan Carlos es la firma al pie de sus tareas y de sus dibujos, a pulso de genio impredecible, galáctico y de línea domadora del mundo.

Tranquilo y fuerte como la virtud, mira y pasa, ama en silencio y será la fortaleza futura de su gente.

Ingenio rápido, observador profundo, derrotará a sus enemigos mirándolos de frente, bienaventurado en su interior porque de él es el reino de la Amistad.

Jamás he visto a un hombre nacer tan hombre.

Vaya con Dios y con nosotros.

Adolescente con la gracia veloz del río en cascadas de la cordillera, tierno como los dedos del mar sobre la playa, arbusto varonil haciéndose árbol.

Quiere hacer todo y de una vez, sin previa ciencia, muy venezolano en el proyecto grande que se abandona pronto. Sonríe ante la adversidad y cierra sus hojas como la adormidera cuando la maltratan.

Volará sobre el mundo sabe Dios por dónde, pero siempre será noble su vuelo y su mirada.

Tiene el canto y la belleza del torrente y el brío de un potro que amansará el amor...

¿Cómo termina un libro?

No estoy seguro, pero siempre los veo terminar como al principio.

Cuando cierras una puerta, muy probablemente cierras una casa y abres una calle, cierras una calle y abres un camino, cierras un camino y estás abriendo lo que no conoces.

No es verdad que muerto Dios todo está permitido.

Sencillamente vive y camina y jamás escribas bajo el mandato de un dios, ni de un tirano, así sea el amor ese dios o ese tirano.

INDICE